

EL CREPÚSCULO DE LOS HOHENZOLLERN

POR

Salvador de Madariaga

El caso del capitán Fryatt ha producido en Inglaterra profunda impresión. Inútil es insistir sobre este nuevo sensacional episodio de la guerra. La abundancia de detalles publicados por la prensa aliada, los indignados comentarios de la neutral, y mejor todavía las explicaciones del propio Gobierno alemán bastan y sobran para establecer que la ejecución del marino inglés fué una obra maestra del arte criminal con su anverso de maldad y su reverso de tontería.

La emoción que agitó al pueblo inglés halló adecuada y digna expresión en las frases con las que el primer ministro confirmó el hecho en la Cámara de los Comunes, entre las cuales la siguiente merece ser citada y comentada:

«El Gobierno de S. M. desea repetir con firmeza que está decidido en lo que de él depende a que tales crímenes no queden impunes. Cuando llegue el momento, el Gobierno está resuelto a hacer comparecer ante la justicia a los criminales, quienes quieran que sean, y cualquiera que sea su posición. En casos como este, bien puede ser que el mayor culpable sea el hombre que autoriza el sistema bajo el cual tales crímenes se cometen.»

«Repetir» dice Mr. Asquith, y en efecto, el mismo concepto fué enunciado por el Gobierno inglés a raíz del crimen del *Lusitania*. Se trata sencillamente de hacer efectiva la respon-

abilidad personal de los autores, directos o indirectos, de actos criminales cometidos durante la guerra. No sólo como prueba de que la opinión inglesa acompaña a su Gobierno en este camino, sino como expresión clara y concisa del nuevo principio, conviene citar aquí algunos párrafos de una carta dirigida a *The Times* (3 de Agosto) por uno de sus lectores:

«... los crímenes cometidos en tiempo de guerra no deben quedar impunes. Esta opinión debe tomar cuerpo en un principio de acción concreto y práctico, y por tanto estimo que tales crímenes debieran someterse a un tribunal independiente nombrado al efecto. Empleo la palabra crimen para significar todo acto que no está cubierto por los derechos de los beligerantes, y que es criminal según el Código de las naciones civilizadas. Este incluye junto con los asesinatos, los robos y la destrucción innecesaria de propiedad. El tribunal habría de ser criminal, con poder para investigar, juzgar y ejecutar la sentencia recaída sobre el culpable. Podría estar agregado al Tribunal de la Haya... la sentencia habría de cumplirse sin miramientos hacia la posición oficial, dignidad o soberanía del culpable.»

Así se va elaborando en los países aliados esta idea de la responsabilidad criminal de los directores de la nación alemana. Por ahora, parece limitarse a la responsabilidad incurrida por

algunos de los jefes de la política de guerra, pero de la política de guerra misma, de ideas, de hechos de la guerra, y que haya a su vez una responsabilidad para los jefes de la política de guerra, es una idea que se va formando en los países aliados.

La ejecución del marino inglés es un acto criminal, y como tal debe ser castigado. La opinión pública aliada se indigna ante este crimen, y espera que el Gobierno alemán tome medidas para hacer efectiva la responsabilidad personal de los autores, directos o indirectos, de actos criminales cometidos durante la guerra.

Salvador de Madariaga

los crímenes contra la ley de guerra; sus manifestaciones surgen como airado comentario cada vez que se produce una de estas provocaciones a que Alemania nos ha acostumbrado en dos años de guerra: Lusitania, Miss Cavell, Ruhlleben Fryatt, los raptos de Lille. Pero el pueblo no se para a distinguir entre los horrores de la guerra alemana y los horrores de la guerra a secas. Hoy no hay familia en la Europa beligerante que no lllore un muerto o no tenga en el hogar ensombrecido a un loco, un mutilado, un ciego, causado por la megalomanía de una nación crédula. Millones y millones de corazones doloridos hacen a estas horas el proceso del Gobierno alemán, verdadero responsable directo de esta hecatombe humana. Y en la conciencia de los pueblos aliados se anhela la paz, no porque significa descanso, sino porque quiere decir justicia.

Mientras tanto, el pueblo alemán, a pesar de los esfuerzos de sus gobernantes para mantenerle en la ignorancia o desfigurarle la amarga verdad, se va dando cuenta de su grave error: la confianza en sus directores. La lectura de la prensa alemana es edificante. El crepúsculo de los dioses gubernamentales empezó con la carestía de los víveres. Ante el bloqueo, la buena administración de las reservas de entusiasmo popular exigía la exageración de las reservas alimenticias en poder del Estado. A esta labor se entregaron los periódicos con meritoria perseverancia e ingeniosidad. Mas estas cualidades no podían contrarrestar el efecto dialéctico de la mesa vacía, la carnicería cerrada y los bonos de pan. Hubo que conciliar la realidad con los cuentos periodísticos, y la prensa halló la fórmula de salvación. Tomando por cabeza de turco a la burocracia, los periódicos declararon que «había mucho y mal repartido».

El remedio fué peor que la enfermedad. El pueblo empezó a perder la fe en sus gobernantes, y desde entonces, los indicios de que el prestigio gubernamental decae rápidamente son cada vez más aparentes en la prensa. Tras una campaña de extrema violencia contra el sistema de distribución de los víveres, que reveló profundas diferencias entre los diversos estados de la Confederación y dió lugar a una crisis ministerial y al nombramiento de un dictador de la alimentación, sobrevino la polémica contra el canciller. Los ataques contra Herr Bethmann-Holtweg procedieron de todos los campos, desde el conservador hasta el socialista. Sus defensores tuvieron que refugiarse en este desesperado argumento: que si bien el canciller no era ningún Bismarck, no convenía, sin embargo, cambiar de piloto mientras no surgiese otro mejor. Mas pronto invadió la protesta otro terreno más peligroso.

La *Magdeburische Zeitung* del 16 de Julio publicó un artículo de Freiherr von Richthofen, diputado federal y prusiano, abogando por la formación de un Comité permanente de Negocios Extranjeros en el Reichstag, con poderes para exigir del Gobierno la presentación de documentos diplomáticos y emitir juicio sobre ellos. Esta idea, apoyada en la necesidad de que las cuestiones exteriores estuviesen sometidas a la intervención popular, fué vivamente comentada en la prensa alemana y en particular en el *Vorwaerts*.

Así va subiendo la marea de la desconfianza que se agita por momentos y augura quizá verdaderas tempestades. De cuando en vez, se lee

en la prensa uno de estos avisos precursores, preñados de sentido en su forzada concisión. Sirva de ejemplo este párrafo de la *Munchner Neueste Nachrichten* del 15 del pasado, que figura en un artículo en el que se examinan las posibles soluciones de la guerra. (La primera solución dada por el autor es la derrota completa de Alemania en el Este y en el Oeste. El autor la examina seriamente y exhorta al pueblo a perseverar en la lucha, en vista de que el resultado de tal solución sería para Alemania una situación análoga a la de Irlanda o la India.)

«La segunda solución posible sería una paz ventajosa en el Este y desventajosa en el Oeste, solución que desgraciadamente no está fuera del reino de lo probable. Esta solución significaría la pérdida del mercado exterior, el empobrecimiento del interior..., la imposibilidad de la autosuficiencia. La carga de las pensiones de guerra y de otras reparaciones de los perjuicios causados, pondría en peligro el sostenimiento y extensión de las leyes de mejora social, y la consecuencia del descontento produ-

cido por esta causa sería la victoria de los elementos revolucionarios y constantes agitaciones internas.»

Esto es claro. Pero hay más claro todavía. El siguiente párrafo es de un artículo escrito por un diputado conservador en un periódico conservador (*Magdeburische Zeitung*, 14 Junio).

«... sin duda es posible sustituir el canciller; mas ello significaría que buena parte del respeto a la autoridad, propio de una nación afecta a su rey, desaparecería, y lo perdido difícilmente se recobra... Según la Constitución del Imperio, el Kaiser es quien nombra al canciller.»

He aquí ya la marea popular a los pies del trono. Paralelamente, a medida que avanza la guerra, van elaborándose las grandes fuerzas populares que actuarán el día de la paz, la ira de los pueblos aliados, la ira del pueblo alemán. Del éxito de estas fuerzas depende que esta guerra haya sido un sacrificio eficaz o una vana y salvaje carnicería.

SALVADOR DE MADARIAGA

EL PAPEL Y LOS BOSQUES ESPAÑOLES

Octavio Elizarieta

Como uno de los escritores que mejor se

ha adaptado a la guerra

de España, Octavio Elizarieta

ha escrito un libro que

es un estudio sobre

la política exterior

de España durante

la guerra, en el que

analiza la política

de España durante

la guerra, por tanto la guerra es la que le da

el sentido de su obra.

El libro de Octavio Elizarieta

es un estudio sobre

la política exterior

de España durante

la guerra, en el que

analiza la política

de España durante

la guerra, por tanto